

LOS PROYECTOS Y EL PAÍS

Alejandro Moreno Olmedo

«Refundar el país» o «proyecto de país» son frases metafóricas que pueden estimular la capacidad para imaginar novedades en los más variados campos de la vida nacional. Pero no puede pretenderse con ellas decir estrictamente una verdad, porque ello significaría proyectar y hacer otro país en su totalidad borrando el existente, entre otras cosas porque lo «colectivo» venezolano no existe como uniformidad.

«YO NO HABLO de un proyecto personal, sino de un proyecto colectivo y de país», declaró el todavía gobernador del estado Miranda Henrique Capriles. En estos días, cuando un aspirante a dirigir el país propone a la opinión pública un sistema orgánico de ideas de lo que piensa hacer en el poder, si la mayoría de los electores se lo concede, le parece poco hablar de un programa de gobierno y se lanza a presentar todo un proyecto de país, como si fuera un edificio que no está construido y debe ser diseñado primero sobre el papel. Y no anda descaminado en eso porque, desde el momento en que se aceptó la idea de que el país debía ser refundado y se proyectó esa refundación hasta en una nueva constitución, la percepción del país se ha vuelto borrosa y entre nieblas. Los actuales detentores del poder dicen tener un proyecto claro, serio y firme, y acusan a los opositores de no tenerlo o, si acaso, de tener solo la pretensión de recuperar el anterior. Estos, en buena lógica, afirman que tienen uno y que es novedoso, con lo cual entran en el juego y en el lenguaje de sus adversarios. Así, de parte y parte, el país es reducido a proyecto.

Las metáforas son maravillosas en la poesía, porque abren todas las po-

sibilidades a la creación de sentido, y pueden ser útiles, iluminadoras y hasta inevitables incluso, cuando se aplican a las realidades políticas, sociales o de cualquier tipo. El peligro está en creérselas. En poesía nadie se las cree y por eso goza de ellas en el amplio espacio creativo de la imaginación. Pero en el campo de la política eso puede suceder cuando se pretende que la metáfora dice una verdad o, lo que es lo mismo, tiene un referente real y preciso. Entonces, la metáfora puede convertirse en el contenido de una fe cuyos creyentes se afanan en realizar de hecho.

Las frases metafóricas, para decirlo con el filósofo Paul Ricoeur, «refundar el país» o «proyecto de país» pueden estimular la capacidad para imaginar novedades, quizá muy profundas y hasta revolucionarias, en los más variados campos de la vida nacional. Pero no puede pretenderse con ellas decir estrictamente una verdad, porque ello significaría proyectar y hacer otro país en su totalidad borrando el existente, esto es, su gente, su historia, su cultura, su ética y hasta su geografía. Que metáforas de este tipo se han convertido en fe y sobre ellas se han puesto en marcha terribles genocidios, violencias sin cuento y tierras arrasadas, consta demasiado claramente en la historia.

En este sentido es mucho más peligrosa la metáfora, muy actual, «refundar» convertida en fe, y de ahí en paso inexorable a la acción, que la metáfora «proyectar», porque tiene verdaderos creyentes que sin descanso están actuando implacablemente en coherencia con una ortodoxa fidelidad.

Si se toma la metáfora «proyecto de país» como metáfora y no como verdad —como transformaciones más o menos radicales, novedades que introducir, desviaciones que corregir— se puede descubrir en la historia que Venezuela ha tenido muchos proyectos, sucesiva y simultáneamente. Ahora bien, un proyecto de un edificio concreto se diseña sobre el conocimiento no solo de aspectos técnicos sino de buena cantidad de realidades como son las condiciones de los terrenos, el clima, la vialidad, etc. Los proyectos históricos de país, ¿sobre qué tipo y calidad de conocimientos se han elaborado? ¿Sobre los conocimientos de cuáles conocedores? ¿Qué ha tenido y qué tiene que ver todo esto con que hayan triunfado o fracasado?

Allá por el año 1952 quien esto escribe hacía dos años que había llegado de España y era estudiante de Filosofía, Normal Urbana y Bachillerato en Humanidades, las tres cosas juntas, en el

Seminario Salesiano que entonces funcionaba en el embrión de lo que hoy es el Colegio Don Bosco de Altamira. Eran tiempos de la Junta Militar y de un proyecto incipiente, el Nuevo Ideal Nacional, que luego Pérez Jiménez impulsaría con gran empeño.

Los seminaristas, estimulados por el director, organizamos una semana de estudios sociales dentro de los límites del seminario, abierta a pocos invitados externos, dadas las circunstancias políticas. Entre los conferencistas estuvieron Rafael Caldera y Aristides Calvani. Caldera dio dos conferencias sobre el concepto de justicia social: un texto filosófico neotomista, maritainiano, muy bien elaborado. Hablaba un lenguaje que quienes estudiábamos entonces filosofía escolástica, muy seriamente y en latín, entendíamos bien. Me quedó la impresión de que fue bastante aburrido, pero sólido.

Calvani se presentó como sociólogo, quizás un poco antropólogo. De su conferencia recuerdo algunas cosas que me parecieron interesantes y por lo menos una que me pareció tremenda, y me sigue pareciendo tremenda, salvando la buena voluntad personal de Calvani. Lo interesante que dijo giraba en torno a esto: Venezuela era un país que tenía entonces cinco millones y medio de habitantes entre los que había de un 70 a un 75 por ciento de población campesina. Esta población, con algunos de los sectores de la ciudad, venía a ser el pueblo venezolano. En sus palabras empezó a analizar cómo era ese pueblo en varios aspectos; en particular, la manera de pensar y los valores estéticos. Habló también de lo ético, lo emocional y de otras cosas.

Sobre la manera de pensar decía que los venezolanos piensan de una manera muy particular: afirman negando y preguntando. No dicen «sí, así es»; dicen «¿cómo no?». O sea, le dan la vuelta para afirmar. Y por ahí se extendió hablando de la manera particular de producir el pensamiento. En cuanto al aspecto estético, decía que la mayoría de los venezolanos tenían

los valores cambiados, pues son morenos, pardos, oscuros y su valoración estética es la propia de los blancos, de modo que cuando se miran en el espejo se perciben feos. Eso más tarde toma cuerpo en Estados Unidos, con un movimiento que usó como lema: «lo negro es bello». Aquí lo estaba planteando Calvani en 1952. Pero lo más impactante de todo fue que, según él, unos psicólogos estaban haciendo unas pruebas a los campesinos venezolanos y los resultados arrojaban que los adultos no pasaban de los tres años de edad mental. De ahí el conferencista concluía que había un 75 por ciento de población anormal, de retrasados mentales, según la terminología de la época, y se necesitaba que todos pasaran por escuelas especializadas, porque eso era el venezolano mayoritario.

Tanto me impactó aquello que se me quedó grabado. Hoy, por supuesto, no lo puedo creer, pero eso da una idea de ciertas actitudes de las élites hacia el pueblo. El problema no era del personaje, como persona, sino de todo un tipo de pensamiento y una manera de concebir el país. Existía, y existe todavía, una clase de gente a la cual le puede parecer aceptable pensar que el 75 por ciento de la sociedad pueda calificarse de «retrasados mentales». ¿Qué se dice hoy, en ciertos ambientes, del habitante de barrio? Existían y existen estructuras culturales que permiten semejante cosa. Desde entonces empecé a pensar que en este país había una división muy seria: había una gente que pensaba con los mismos esquemas mentales que podía tener un extranjero que llevaba apenas dos años en el país, encerrado en un seminario formándose en la filosofía occidental y en las materias del pénsium oficial que no se distinguían para nada de lo que había estudiado en Europa, y había otra gente que pensaba de una manera completamente distinta.

Cuando Calvani decía eso estaba hablando de un proyecto de país, por lo menos en parte, sobre un conocimiento totalmente distorsionado de la

realidad humana. Según el tal proyecto, había que educar a esos retrasados en las estructuras mentales de los que se consideraban adelantados. Era un proyecto organizado por, cuando mucho, el 25 por ciento de la población para un cien por cien, y en el que tenía que entrar, así, por las buenas, el otro 75 por ciento.

Esa fue mi primera experiencia con una mentalidad, con una manera de pensar, con la actitud de la minoría hacia la mayoría. Simultáneamente estaba teniendo otra experiencia que por el momento no procesaba. Por esos años me tocó hacer la equivalencia de los estudios que traía de España a los estudios de Venezuela, para poder continuar. Debía examinarme ante el Ministerio de Educación en la geografía de Venezuela y la biología de los dos años iniciales de bachillerato. Lo primero era muy comprensible; pero, ¿por qué lo segundo?

Cuando me metí de lleno en el programa de biología lo comprendí menos: el venezolano era muchísimo más amplio y exigente que el que yo había conocido en mi bachillerato español. Tenía que estudiar botánica un año y zoología el otro, pero ambos programas eran un tratado completo de esos temas, en los que se insistía especialmente en los microorganismos de cada uno de los dos reinos. Al final, todo ello se aplicaba a las distintas enfermedades, especialmente las tropicales, de uno y otro origen, insistiendo no solo en la descripción de sus características sino sobre todo en cómo defenderse y librarse de ellas. Luego entendí que esa era la razón de tan minucioso estudio.

Después de la dictadura gomecista se había pensado un proyecto de país, centrado en el hombre venezolano, el campesino de Calvani, malnutrido, enclenque, víctima de infinidad de enfermedades tropicales endémicas. Este proyecto transformaba el país centrándose en el venezolano y específicamente en su salud. Simultáneamente y en perfecta concordancia

¿QUIERES CAMBIAR TU ORGANIZACIÓN? GUÍA PRÁCTICA PARA CONDUCIR EL CAMBIO

MARÍA HELENA JAÉN, REBECA VIDAL Y DANIEL MOGOLLÓN,
CON LA COLABORACIÓN DE HENRY GÓMEZ SAMPER



Ediciones 

0212-555.42.63 / 44.60
ediesaa@iesa.edu.ve

Toda búsqueda de cambio implica una aventura. Resulta muy difícil predecir lo que pasará en el entorno social y de negocios una vez que las personas y las organizaciones asumen el compromiso de evolucionar. Las páginas de este libro constituyen un mapa referencial para poner en orden los datos de la realidad que deben ser tomados en cuenta por los agentes de transformación. Los autores apuestan al análisis estratégico de los actores clave como garantía del cambio exitoso.

se desarrollaban el exitoso programa de Malariología, el sistema de comedores populares del Instituto Nacional de Nutrición, en los que todo el mundo podía almorzar casi gratis con un tipo de comida equilibrada, y algunos planes más. Todo estaba orgánicamente integrado. Y tuvo éxito en lo suyo ese proyecto, sin duda elaborado por élites pensantes. Se eliminaron, o por lo menos se redujeron, muchas enfermedades como el paludismo y la fiebre amarilla, y se empezó a combatir seriamente el Chagas, la anquilostomiasis, la bilharzia. Una vez que se instala la democracia aparece un nuevo pro-

yecto centrado en las estructuras, ya no en las personas; en las estructuras políticas, en las del desarrollo, en las económicas. No se elimina lo anterior, pero el nuevo foco lo irá lentamente desplazando.

Desde el momento en que se aceptó la idea de que el país debía ser refundado y se proyectó esa refundación hasta en una nueva constitución, la percepción del país se ha vuelto borrosa y entre nieblas

de la sociedad para el resto. Lo mismo sucede después de la independencia, a partir los años treinta del siglo XIX. Este, dice la última historiografía, está centrado sobre todo en la formación del republicano, del ciudadano, porque se piensa que los fracasos en las otras áreas se deben a las deficiencias culturales e incluso raciales del venezolano popular, que no ha perdido los hábitos del país colonial.

Los proyectos de país han sido muchos y muy variados, unos sobre todo políticos, otros centrados en lo económico, algunos en lo social más o menos *light*. Los ha habido muy

exitosos en aspectos parciales, no por parciales menos importantes, como la independencia en cuanto independencia, Malariología y todo el entorno de salud en el que se movió, lenta y progresivamente la marcha global hacia la democracia, como afirma el historiador Germán Carrera Damas. Más o menos han ido produciendo un sentido de nación, un tipo de desarrollo, un aprendizaje de convivencia ciudadana, una adecuación a las circunstancias del mundo exterior. Sin embargo, las élites no están satisfechas, pues la mayoría de los ciudadanos no se implica totalmente en ellos. El pueblo, piensan ellas, sigue siendo el gran obstáculo, el culpable de los problemas y deficiencias que siempre ha presentado y hoy presenta Venezuela.

¿Sobre cuáles presupuestos se construyen estos proyectos? En primer lugar, cuando alguien, un dirigente o un grupo, plantea un proyecto de país, siempre piensa, habla, en términos de primera persona del plural: la Venezuela que deseamos, la Venezuela que todos queremos, la Venezuela de todos. En otros casos, como el del grupo que gobierna actualmente, el plural es de un sector al que se le declara representante auténtico del universo nacional: los pobres, los oprimidos, el pueblo, siempre un plural. El grupo-sujeto se atribuye la representación de la totalidad y decide que todo el conjunto es el sujeto, con él, de ese mismo proyecto. Ese es el primer supuesto de partida.

A cada supuesto le corresponde una afirmación y una negación. Así, a la suposición de que existe un sujeto

nacional colectivo, capaz de tener una voluntad suficientemente unificada para desear ese determinado proyecto, le acompaña la negación, supuesta también, de que hay distinciones reales de fondo entre la gente, entre mundos-de-vida radicalmente distintos.

Un segundo supuesto sobre el cual se basa un proyecto de país es la concepción de que todo proyecto se elabora explícitamente, mediante ideas, conceptos, palabras, esto es, conciencia y razón, lo cual implica negar la posibilidad de que existan proyectos no concienciados, inscritos en las prácticas de vida del discurrir cotidiano, reales y efectivos, no escritos, como dijo Vallenilla Lanz en su tiempo de las constituciones latinoamericanas.

¿Y si resulta que el pueblo tiene una forma de vivir la vida radicalmente distinta de las élites de cualquier tipo e ideología, pero no tiene la palabra ni las ideas, la forma discursiva, sino solo la práctica en la cual está inscrito un proyecto real? A lo mejor el fracaso del pensado, ideado, planificado, escrito, está en que no tiene nada que ver con el producido en la corriente de las prácticas de vida.

Cuando se afirma que el supuesto es «colectivo» se parte implícitamente de un tercer supuesto: creer que todos los sectores sociales están en igualdad de condiciones para entrar en el diálogo y en la discusión que lo colectivo implica. Con ello se niegan las diferencias de poder eficaz para decidir entre los distintos actores. ¿Puede realmente hablarse de colectivo y de diálogo? Nadie puede engañarse cuando la élite con capacidad efectiva de decisión proclama que toma en cuenta y convierte en protagonistas a todos los venezolanos, pues bien se sabe por experiencia cómo funcionan los mecanismos de manipulación y mediatización.

Hasta ahora el proyecto de país que ha estado no solamente planteado sino también en ejecución ha sido el de un sector, el que se ha considerado y se sigue considerando el único capaz de elaborarlo, desconociendo que en las puras prácticas de vida de la población mayoritaria puede estar implícito otro que a lo mejor ha funcionado siempre al margen del explícito e interfiriendo con él.

Las investigaciones de quien esto escribe revelan que en Venezuela no existe una unidad de sociedad sino dos mundos-de-vida totalmente externos el uno al otro, que hasta ahora no se han encontrado, portadores cada cual de un proyecto de convivencia, esto es, de

sociedad y comunidad. Cuando se ha hablado, y se habla, del pueblo se ha dicho que es subdesarrollado, en situación evolutiva atrasada con respecto al sector desarrollado en Venezuela que viene a ser el de las élites más o menos modernizadas; o sea, no hay una diversidad de realidades sino una diversidad de grados. Los sectores populares son tomados, lo mismo que planteaba Calvani de otra manera, en un grado inferior de desarrollo, de crecimiento, de cultura, de sabiduría, de pensamiento o hasta de edad mental. Es, pues, a las élites modernizadas a quienes correspondería educar, formar, orientar, organizar, institucionalizar, meter a todos en la realización de un único proyecto, el suyo. Así, a ese sector de la población se le pone en un pre (pre-moderno) o en un sub (subdesarrollado). Puesto que el proyecto venezolano tiene que ser un proyecto de modernización total —conservadora o revolucionaria— alguien tiene que llevar al pueblo a la modernidad.

Pero resulta que el pueblo tiene otra manera de pensar, otros valores estéticos, otro sentido de relación hu-

mana, otras formas de practicar la vida, distintas de las de los sectores modernizados del país. Lo «colectivo» venezolano no existe como uniformidad. Si el sector moderno entra ahí con su racionalidad desarrollada en discursos, el pueblo entra con sus prácticas de vida y esas hay que conocerlas, porque están vivas y orientan toda una manera de hacer país, pero no se las puede conocer desde fuera, con las categorías modernas, porque en el momento en que se plantean esas categorías ya el pueblo no es el pueblo sino una ficción moderna de pueblo producida por ellas. Solamente se lo puede conocer desde dentro, viviendo la misma vida o recuperándola cuando por la modernización se la ha marginado, con los mismos parámetros de pensamiento, de razón, de afectividad, de práctica social, para construir el discurso que surge de ahí y poder, así, elaborar un proyecto de país que pueda ser pensado como posibilidad común.

En estos días no están dadas las circunstancias para un proyecto que sea realmente de todos. Lo seguirán

elaborando las clases dirigentes de una u otra tendencia, según su racionalidad y en el marco de sus categorías conscientes e inconscientes. Habrá que ponerse a pensar.

Venezuela no está pensada colectiva y comunitariamente, en un amplio diálogo por todos participado. La dificultad al respecto en el gobierno de Chávez, como igualmente en los de los anteriores, es que los sectores dirigentes siempre han creído que ya todo está pensado, que los marcos referenciales ya están elaborados, sean ellos socialistas, liberales, autoritarios o democráticos. Los socialismos de todo tipo ya han dicho lo que había que decir; los distintos capitalismo también. No hay nada nuevo que producir. Lo único por hacer es adaptar, reelaborar un poco y poner en práctica. ¿Y si del mundo-de-vida popular venezolano, en el que lo relacional abierto es estructural, en diálogo real con una modernidad instrumental, pudiera surgir una forma propia y muy humana de hacer país tanto en lo político, como en lo social, en lo económico y en lo cultural?.



Entre miles de marcas, tu trabajo va a destacar

Porque con la Maestría en Mercadeo del IESA,
vas a empezar a hacer las cosas como nunca antes.

Recibe las herramientas que necesitas para
destacarte y llegar a nuevos niveles en tu carrera.

Descubre más de la Maestría en Mercadeo
en www.iesa.edu.ve/postgrados
o consúltanos a través de tufuturo@iesa.edu.ve

Tlf: 555.4371 / 555.4354

Twitter: @maestriasiesa



GERENCIA Y LIDERAZGO
RESPONSABLE



Única escuela de negocios en Venezuela acreditada internacionalmente